

y por resultado de ellas adquirirá el convencimiento de que la política es una ciencia natural que se da espontáneamente en nuestras cabezas sin mas preparativos ni sementeras; y que el gusto dominante del siglo, desarrollando en nosotros aquella natural facultad, hace de cada uno un improvisador de leyes capaz de disputar con el mismo Solon Ateniense. -- Asi será bien que lo crea, pues que el inapelable dictámen de usted me lo afirma; sin embargo (y sin que sea visto contradecir en un punto su opinion), ¿ me permitirá usted que le entretenga con un v. gr. que, ó yo soy un bolo, ó viene aqui de molde? ¿ Sí? Pues oígale usted.

Yo tenia un tio llamado don Gaspar, el cual tio era natural de Navarra, y siéndolo, podrá usted venir en conocimiento de que era navarro; quiero decir, un navarro verdadero, honrado y testarudo, generoso y determinado. Los estudios de este buen señor se habian limitado á las primeras letras y algo de contar, con lo cual, y su buena suerte, tuvo la fortuna de hacer prosperar su comercio, primeramente en su provincia, y despues en la corte, donde fijó al fin su residencia. Casado en ella, y con una posteridad correspondiente, habia llegado en paz á la cuarta decena de su vida, pronosticando seguir el resto del mismo modo; pero la revolucion de 1808 vino á alterar su tranquilidad mudando completamente su carácter.

Enemigo irreconciliable del invasor de España, y declarado desde luego acérrimo partidario de aquel

“no importa” que por tantas veces ha hecho triunfar á nuestra patria de sus enemigos, no hubo en él un instante de incertidumbre, tanto sobre la verdad de su opinion, como en el indispensable triunfo de ella. Guiado por sus patrióticas ideas convirtió su casa en un receptáculo general de todos los noticiosos de Madrid; los cuales, reunidos dia y noche, se complacian en tejer fábulas análogas á sus esperanzas, que á pocos instantes de concebidas pasaban por axiomas á los ojos de los mismos que las habian formado; y era lo mas gracioso de esta escena el oírlos glosar los papeles y boletines franceses, siempre por el lado favorable; v. gr., decian aquellos: “en la batalla de tal perecieron quinientos franceses;” al instante no faltaba uno que replicaba: “algunos mas serán;” continuaba luego el boletin diciendo: “y cinco mil de los españoles;” y todos prorumpian exclamando: “¡ya se ve, ellos qué han de decir!” Asegurábase que tal plaza habia sido ocupada por los enemigos.—“Imposible.”—Hombre, que lo dicen las cartas.—“Se equivocan las cartas.”—Que lo dan de oficio los periódicos.—“Mienten los periódicos.” Pero al fin las semanas y los meses pasaban, la noticia se confirmaba, y entonces mi tio solia decir con aire misterioso y satisfecho: “No tengan ustedes cuidado, eso es un ardid del lord; tanto mejor, dejarlos que se internen.” Y estando en esto solia entrar algun otro, á quien dirigiéndole el saludo ordinario de “¿qué hay de nuevo?” no dejaba nunca de respon-

der: "Hombre, yo no sé; dicen que se van;" "dicen que vienen los nuestros;" con lo cual las esperanzas de toda la reunion se fortificaban, y mi tío con el mapa delante solia lucir entonces sus conocimientos geográficos y estratégicos, haciendo maniobrar la caballería en la cumbre del Moncayo, ó acampar la artillería en medio en medio del Guadalquivir.

Pero en fin, aquella época pasó, y mi tío vió realizadas sus esperanzas, sino por un efecto de sus planes y combinaciones, por resultado del heroísmo de la nacion entera. Parecia, pues, natural que restituida la calma, y restablecida en Europa la paz general, tornaria mi don Gaspar á su tranquilidad primitiva, y haria prosperar su comercio con el mismo interes que en otros tiempos. Pues nada menos que eso; el demonio de la política (que debe ser un personage principal entre los demas espíritus infernales) se habia agarrado tan bien de él, que ni aun la voluntad le dejó de escaparse de sus uñas, antes bien atormentándole con sus continuas inspiraciones le hacía correr aqui y alli buscando alimento con que satisfacerlas. Desde aquel punto y hora no hubo lugar público ni secreto de la capital que no fuese testigo de sus eternas disputas, ni bóveda que no resonase con su agudo chillido provincial. Levantábase al amanecer, y su primera operacion era rodearse de todos los periódicos nacionales y estrangeros que podia procurarse; los primeros los leía sin entenderlos, y los se-

gundos los entendia sin saberlos leer ; quiero decir, que como ignoraba otras lenguas que la suya, solo podia adivinar aquellas palabras que presentaban alguna analogía ; con lo cual, y con los nombres propios de los generales y de las plazas, hacía él su composicion de lugar para formar luego su opinion ; y solíale acontecer á veces tomar el nombre del comandante de un sitio por el de la ciudadela, ó hacer maniobrar á un rio creyéndole general de division.

Pero luego que bien penetrado de estos antecedentes se creía en estado de poder fijar todas las cuestiones, salia á la calle, y sin mas rodeos se dirigia á la Puerta del Sol, donde siempre tenia dos ó tres tiendas en que ya se le esperaba con gran ansiedad para oir de su boca los proyectos ulterio- res del ruso ó los secretos recónditos del inglés. Allí era el oírle disertar y argüir con sus contrin- cantes, haciendo trizas el mapa con mas garbo que un sastre opéra en una pieza de tela ; allí el verle saltar montañas, adjudicar rios, firmar tratados, pasar notas, espedir correos, reunir congresos, pu- blicar manifiestos, y manejar, en fin, la política uni- versal desde una tienda de sombrerero, teniendo por oyentes á un prestamista sobre alhajas, á un corista de la ópera, dos mozos de saco y tres aprend- ices del almacén. Luego pasaba á los cafés, y allí rodeado de oficiales á medio sueldo y de paisanos sin sueldo alguno, ocupaba su conocido lugar, y su primera operacion era pedir la gaceta para vol-

verla á repasar; despues, tomando por base cualquiera de sus párrafos, empezaba la discusion, unos en pro y otros en contra, asegurando todos que los motivos en que fundaban su opinion los sabian *de muy buena tinta*, y citando autoridades tales que cualquiera hubiera creido que habian cenado la noche anterior con el rey de Francia ó con el emperador de Rusia; hasta que cansados de estragos y mortandades, se separaban en distintas direcciones, encaminándose unos al patio del correo á ver si era cierta la salida del extraordinario, otros al gabinete de lectura á cielo raso de la calle de la Paz, cuál á las tiendas de la calle de la Montera, cuál, en fin (y éste era mi tio), á la escalera de Palacio á ver subir y bajar los magnates, y augurar sobre las arrugas perpendiculares ó transversales de sus semblantes lo que pasaba en lo interior del gabinete.

Verificadas todas aquellas correrías, se retiraba á comer á su casa, y ni la tierna solicitud de su esposa, ni las gracias amables de sus hijos, le conseguian sacar de aquella abnegacion, de aquella cavilosidad que constituían ya su estado favorito; tal vez, sin embargo, entraba en su casa abatido y lánguido; su familia sobresaltada le preguntaba la causa de su tristeza, y no le dejaba hasta que habia declarado que la motivaba el rompimiento de la guerra entre la Rusia y la Persia. Otras veces volvia lleno de alegría, y averiguada la causa sabiamos que era nada menos que la mudanza del

ministerio dinamarqués. Por la tarde salía rodeado de dos ó tres amigos de su mismo carácter, y paseaban por sitios estraviados y solitarios, parándose á cada momento y disputando á voces sobre la navegacion del Escalda, ó sobre las fronteras de Hungría. De alli venian á nuestro pais, y hacian caer á su antojo todos los magnates, substituyéndolos inmediatamente por otros; luego decian en confianza los proyectos de decretos de todo el año corriente; y toda esta máquina continuaba despues en el café, sazónada con un bol de ponche, ó en la tertulia entre jugada y jugada del ajedrez.

No hay que decir que los negocios particulares de mi tio decayeron á medida que se habia ido ocupando de los negocios públicos, siendo tanto mas chocante, cuanto que á pesar de que su muger, en vista de su debilidad, quiso sacar partido de ella escitándole á pretender algun empleo, él nunca vino en ello, porque decia que no queria sujetar su opinion ni depender de ninguna influencia; mas por de pronto aquello que él llamaba independencia y franqueza le valió tres ó cuatro delaciones, en virtud de las cuales tuvo que saltar de un punto á otro, sin que en ninguna parte dejase de perseguirle su inconcebible manía. Por último, agotadas sus fuerzas morales y físicas con tanto discurrir y tanto sufrimiento, adquirió una enfermedad cerebral que dió con él en el hospital de Toledo, adonde se estretuvo hasta su muerte en componer un periódico para uso de los de-

mas locos, que si he de decir verdad, podia pasar por cuerdo al lado de algunos que alcanzamos á ver hoy.

Quedé, pues, por tutor de sus hijos menores, y haciendo el inventario de los bienes, encontré una larga relacion de acreedores, y un sistema completo de amortizacion de la deuda pública; dos ó tres papeles sobre la paz interior, y un pleito de divorcio con su muger; tres ó cuatro libros de filosofía, y una pistola, que segun él repetia, era para cuando se hubiese cansado de vivir; un tratado general de educacion pública, y cuatro muchachos que no sabian leer; un...

— Basta, basta, interrumpió vivamente don Zoilo con el rostro encendido y la voz trémula; basta que usted me haya bosquejado las principales escenas de mi vida; no se complazca usted en presentarme las que sucederán despues de mi muerte.— Yo, amigo, no intenté... — Conozco la sana intencion de usted, estoy convencido de que de ninguna manera fue el retratarme; pero ¡ay amigo mio! me ha presentádo usted un espejo y me he mirado en él: ¿quiere usted mas? — Pues si ello es asi, debo felicitarle por la conmocion que usted manifiesta, y que no dejará de producir su resultado. — Sí, amigo, desde este momento encuentro que mis ideas toman otro giro, y si bien no renuncio al interes que todo ser bien organizado debe sentir por la felicidad de su pais y del mundo entero, trataré de apartarme de cuestiones age-

nas á mi obligacion y á mi capacidad, procurando aplicar los buenos principios al gobierno de mi familia, y contribuyendo de este modo al orden y la felicidad pública. -- Entónces no pude contenerme, y abrazándole arrebatado exclamé: ¡ Ay, amigo mio, si todos me entendieran como usted!



El Aguinaldo.



«*Omnia tempus habent, et habet sua tempora tempus.*»

TRADUCCION SUELTA.

«Cada cosa en su tiempo, y los nabos en adviento.»

El inimitable Mr. de Jouy, á quien sería preciso citar á cada paso tratándose de costumbres, consagró un capítulo de su preciosa obra de *El Hermitaño* á describir la de las *estrenas* (*etrennes*) ó regalos de año nuevo que tan en voga estan en Francia y en otros paises, y razonando sobre ello con su profunda erudicion, pretende probar que aquel uso viene de Tacio, rey de los sabinos, á quien en un dia de año nuevo se habia hecho el presente de algunos ramos consagrados á Strinuo, diosa de la fuerza, lo que parece que aquel señor hubo de tomar á buen agüero. Por qué tanto aquel año fue para él muy dichoso, y en justo agradecimiento autorizó la usanza de los dichos regalos en lo sucesivo llamándolos *strenæ*, de lo cual positivamente viene la voz francesa *etrennes*, y la castellana *estrenas*, que han usado en igual sentido nuestros autores.

Pero esta voz ha perdido entre nosotros su uso

casi del todo, sin duda porque la costumbre á que se referia ha caducado tambien, pues si bien es cierto que aun se conservan algunos regalos de principio de año, á consecuencia de la burlesca ceremonia aun bastante generalizada en las tertulias de sacar á la suerte en la víspera de año nuevo parejas de hombre y muger, sin embargo, puede considerarse como desacreditada semejante costumbre (especialmente en Madrid, donde hablamos), si bien en su lugar tenemos otra ocasion de lucir nuestra generosidad pocos dias antes en las dádivas llamadas de *aguinaldo* con que solemos endulzar la memoria del nacimiento de nuestro Redentor.

Que sea uno mismo nuestro *aguinaldo* que *les etrennes* franceses, lo asegura por mí un autor acreditado cuando dice: “*y por ser á cuatro dias de mi llegada dia de año nuevo, cobré mi aguinaldo de los señores de aquella corte;*” mas si la costumbre es la misma, la palabra tiene distinto origen. Tal lo siente el famoso Cobarrubias cuando la hace venir de la voz arábica *guineldun*, que significa regalar, ó de la palabra griega *gininaldo*, que vale tanto como regalar en dia de natalicio. Mas sea de ello lo que quiera, es lo cierto que con la voz *aguinaldo* (ó *aguilando* como dicen en algunas provincias) designamos generalmente todos los presentes que se hacen desde la víspera de Navidad hasta la Epifanía, y que esta es una costumbre bastante general para haberla de pasar por alto.

Ahora bien, ¿cómo se verifica esta costumbre?

¿Consiste acaso como en Francia (según nos la describe el ya dicho Ermitaño) en un cambio mútuo de todo lo que la perfeccion de las fábricas, el genio de los artistas ó el buen gusto de los literatos ostentan á porfia en ocasion semejante? ¿Invéntanse para ello nuevas telas, alhajas y muebles primorosos, libros llenos de ingenio y agudeza? ¿Pónense en movimiento grandes capitales destinados á vivificar las artes y el comercio, ó á hacer florecer la literatura y las ciencias? ¿Amenízase el todo con sales epigramáticas, composiciones sublimes ó cartas llenas de ternura y sensibilidad? Vamos á verlo.

En el año de 1824 tenia yo en mi casa un alojado francés, oficial de la Guardia Real, el cual, por razon de cierta herencia habida de una tia suya casada en Alicante, permaneció en España mas tiempo que el ejército, lo bastante para poner en claro la testamentaría (cosa que no es tan facil como parece), y con este motivo, y siendo ademas de un natural amable y amigo de sociedad, hizo relacion con muchas personas de todas clases que le recibian en su casa con la mayor complacencia. Las aventuras particulares de este francés son cosa de que mas de una vez he querido hacer partícipes á mis lectores, y que servirian ahora de clave para entender mejor este discurso; pero como de esas cosas me faltan que decir y hallarán su colocacion cuando menos se piense. Mas contrayéndome por ahora al objeto del dia, solo diré que acercándose el fin de aquel año, y deseando mi parisien corres-

ponder con aquellas personas á quien debia obligaciones ó amistad de un modo relativo á su clase y circunstancias, consultó conmigo sobre *les etrennes* que deberia regalar; y como él desconfiaba de saber hacer por sí las compras vino á proponerme sus intenciones, á saber. En primer lugar á cierto personage á quien él debia singular proteccion y benevolencia le destinaba una primorosa coleccion de clásicos de la literatura francesa; á una señora cuya influencia le habia servido de notable recomendacion la ofrecia un precioso artificio de pájaros disecados sobre flores y frutas trabajadas en cera; á su abogado defensor dedicábale una caja de ébano que contenia los códigos francés é inglés; al agente de sus negocios le brindaba un semanero con registros de *agenda* para todos los dias del año; á la esposa del escribano media docena de cuadros copias de Vernet con sendos marcos de relumbron; y por último, á la causa de su tormento un primoroso libro encuadernado en mosaico que contenia las poesías mas sentimentales de Lamartine. No pude dejar de sonreirme al escuchar tales propuestas; mas sin replicarle una palabra parecí conformarme con su idea y me encargué de la compra.

Por supuesto pueden venir en conocimiento mis lectores de que en vez de dirigirme á fábricas y librerías hice rumbo hácia los portales de la plaza y calle Mayor, tocando empero al paso en ciertas tiendas de ultramarinos adonde sabia poder

encontrar lo necesario para mi objeto. Y verificados que fueron mis ajustes, torné á mi casa, donde ya me esperaba el oficial con seis ó siete cartas redactadas en el ínterin, cuáles en prosa á lo Chateaubriand, cuáles en verso á lo Victor-Hugo, y todas alusivas á los diferentes objetos que remitía. V. gr., empezaba la del personaje: "La voz de la sabiduría busca los oídos del sabio; permitid, señor, á los autores clásicos de nuestra literatura que vayan á acogerse bajo la superior inteligencia de usted;" y en esto entraban ya por la sala tres mozos cargados con seis barriles de *Peralta*, *Pedro Jimenez*, *Manzanilla* y otros diferentes autores. Seguía la de la dama, diciendo:

Símbolo de ternura y de amistad,
Ellos, señora, al dirigirse á tí,
De un corazón sensible á tu bondad,
La gratitud espresarán por mí.

Y á este tiempo ocuparon la sala media docena de pavos y otra media de capones cantando un *tutti* parecido al final de un primer acto. Empezaba la del abogado diciendo: "La ley de todas las naciones..." y sin dejarle proseguir le presenté un precioso bolsillo que contenía una cincuenta de escudos: proseguía la del agente: "Trescientos sesenta y cinco días bien empleados..." y á este tiempo hice sacar de las alforjas del conductor treinta docenas de chorizos; pero éste me

hizo ver que me habia equivocado en la cuenta, pues faltaban cinco piezas para todo el año: venia despues la carta de la muger del escribano, y lo mismo fue ver que se hablaba en ella de cuadros, que al instante hice salir una coleccion de ellos capaz de guarnecer la mas ámplia despensa. Por último, al prorumpir con la carta de la querida en la mano: "¿Qué podré yo dedicar á la vírgen de mis primeros amores que reuna en mas alto punto la sensibilidad y el gusto mas delicado?" Una caja de mazapan de Toledo, exclamé yo con entusiasmo, poniéndola sobre la mesa.

Hasta aquí pudo llegar el sufrimiento de mi buen francés, el cual, saltando en medio de la sala, y con voz estentórea apoyada por el bajo continuo de los pavos, exclamó: ¿cómo? ¿qué es esto? ¿usted pretende ponerme en ridículo?—Nada menos que eso, amigo mio, le contesté yo con gran calma; antes bien trato de evitársele á usted, ademas que yo creo haber cumplido sus intenciones; usted me encargó una coleccion de autores clásicos, ¿y no lo son *Pedro Jimenez* y demas? unas aves disecadas, ¿pues qué les falta á esas para serlo? un código de leyes, yo le ofrezco un bolsillo lleno; un semanero, ¿y cuál mas á propósito que una cuelga de chorizos? una coleccion de cuadros, ¿y no lo son tambien los del tocino? una obra de ingenio, pues bien, segun mi dictámen pienso que lo es una caja de mazapan.

Pero dejando á un lado las chanzas, amigo mio,

¿parécele á usted que estamos aqui en Paris? ¿ó piensa que en circunstancias semejantes nos pagamos por acá de libritos y de monadas? No, sino eche usted un pedazo en el puchero, y verá qué caldo sale. Nada de eso, no señor; todas esas son ideas románticas que aqui no pegan, porque nosotros (á Dios las gracias) estamos por el género clásico. Esas obras y artefactos son muy santos y muy buenos, sí señor, pero no podrian sacar á un hombre de un apuro del día, y asi los agradecerian los regalados como por los cerros de Ubeda. Y si no, véngase un par de horas por esas calles de Dios, y verá como todos piensan de este modo; recorra usted esas confiterías, y observarálas preñadas de obeliscos y templetos (pruebas felices de nuestra arquitectura); verá en las diversas piezas de dulces y mazapanes la imitacion de la naturaleza tan recomendada de los artistas; desengáñese usted, estos y no otros cuadros necesitamos en nuestras galerías. ¡Estátuas! ¡pinturas! ¡producciones raras de los tres reinos! ¡bravo! Asómese usted á ese balcon y verálas cruzar en todos sentidos, pero solo del reino animal y algunas pocas del vegetal para la colocacion de Noche-buena: en cuanto á piedras ¡fuego! cómaselas quien las quiera. Mire usted, mire usted todos esos mozos qué cargados van; pues todo lo que llevan es producto de nuestras fábricas; vea usted, chocolate... longanizas... confitura... turrón... ¡y luego dirán! Pero acabemos de una vez; venga usted conmigo, y observe lo que sea

digno de observar. Y no hubo mas, sino que agarrándole del brazo dí con él en medio de la plaza Mayor.

Pasmado se hallaba el bravo oficial al considerar toda aquella provision de víveres capaz de asegurar á la poblacion de Pekin, y bien que acostumbrado al redoble del parche ó al estampido del cañon, todavía se le hacía insoportable el espantoso clamoreo de los vendedores y vendedoras de dulces y frutas, el pestífero olor de los besugos *vivitos de hoy*, el zumbido de los instrumentos rústicos, zambombas y panderos, chicharras y tambores, rabeles y castañuelas; el monosílabo canto de los pavos y las escalas de las gallinas, que atados y confundidos en manojos cabeza abajo, pendian de los fuertes hombros de gallegos y asturianos; el rechinar de las carretas que entraban por el arco de Toledo henchidas de cajones, que en enormes rótulos denunciaban á la opinion pública los dichosos á quienes iban dirigidos; la no interrumpida cadena de aldeanos y aldeanas, montados en sus pollinos, que se encaminaban á las casas de sus conocidos de la corte á pasar las pascuas á mesa y mantel en justa retribucion de una cantarilla de arrope ó una cestita de bollos que traían de su lugar; el eterno gruñir de los muchachos, cuál porque un mal intencionado le habia picado el rabel, cuál porque un asesino le habia llevado de un embion entrambas piernas del pastor del arcabuz, ó de la charrita de Belen; y en fin, el animado canto de los ciegos que entonaban

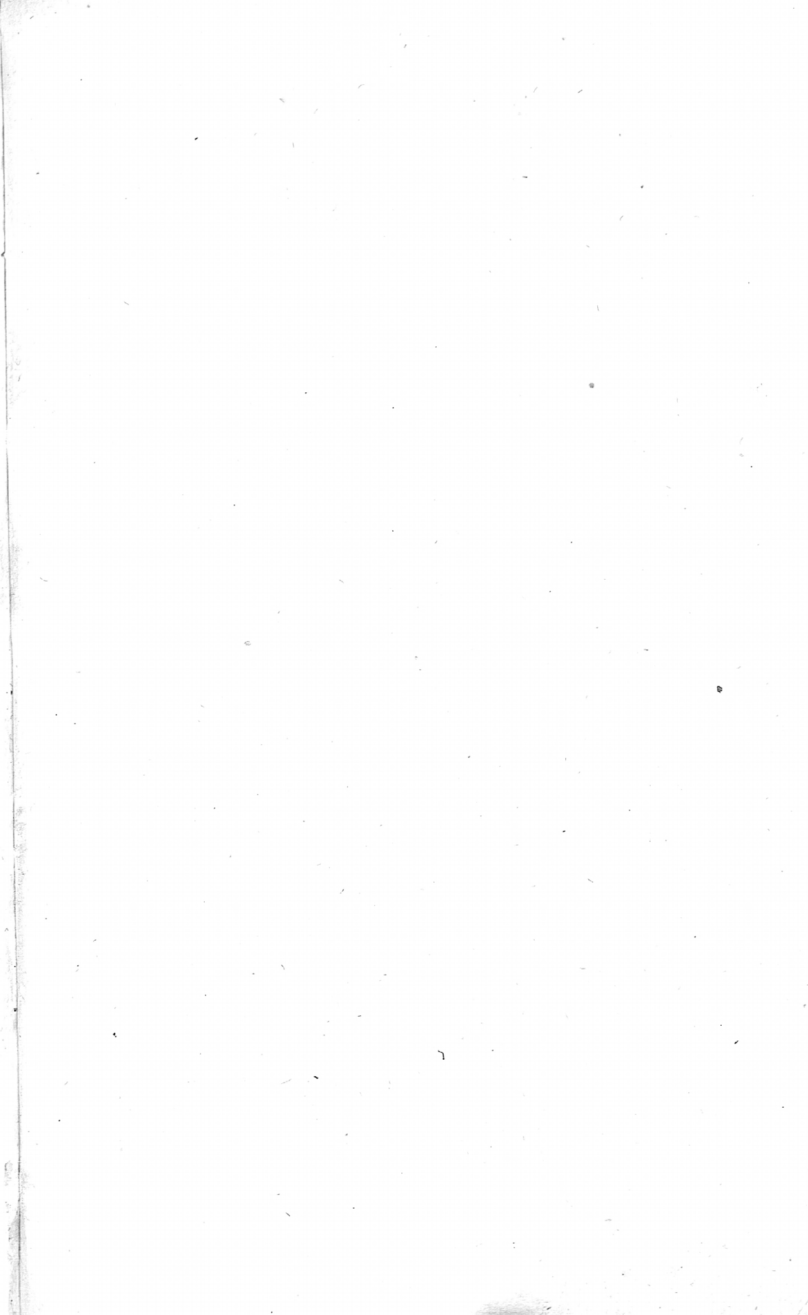
sus villancicos delante de las tiendas de beber.

¿Cómo (esclamaba el extranjero), y es esta la nacion sóbria y taciturna? — Eslo sin duda, pero *dulce est disipere in loco*, y algun dia en el año habiamos de hacer traicion á nuestro *inevitable* puchero y nuestra eterna prosopopeya. — ¿Mas cómo puede llegar á consumirse toda esa provision, que parece destinada á sostener un sitio de cuatro meses? — Yo le diré á usted. Dedicándose todos á la gastronomía durante las vacaciones; reproduciéndose casi todos los dias los convites de familia; poniéndose unos á otros en contribucion de aguinaldo para sostenerlos; aumentándose notablemente la poblacion de Madrid con el refuerzo de los lugares circunvecinos, y dando rienda suelta para comer y cenar á soldados y muchachos.

¿Y en tales momentos pretende usted que se aprecién los obsequios que usted preparaba? No, amigo mio: sea usted romano en Roma; espida desde este central depósito aves y turrone; omita el acompañarlos con elegantes misivas, que si ellos fueren de ley, ellos hablarán por usted; y si son malos, todas las epístolas de Ciceron no bastarian á hacerlos buenos. Recorra despues las casas de los obsequiados, y verá que toda la alegría del licor malagueño se ha trasladado á los semblantes, y toda la dulzura del mazapan se ha comunicado á los labios.

ÍNDICE.

	PÁG.
El retrato (12 de enero de 1832.).	1
La calle de Toledo (9 de febrero.).	10
La comedia casera (1.º de marzo.).	19
Las visitas de días (19 de marzo.).	30
Las costumbres de Madrid (5 de abril.).	39
Los cómicos en cuaresma (19 de abril.).	46
Isabel, ó el 2 de Mayo (2 de mayo.).	58
La empleomanía (10 de mayo.).	68
La romería de San Isidro (15 de mayo.).	77
Un viaje al Sitio (7 de junio.).	86
El Prado (21 de junio.).	100
Las casas por dentro (5 de julio.).	112
1802 y 1832 (9 de agosto.).	121
Tomar aires en un lugar (16 de agosto.).	131
El paseo de Juana (23 de agosto.).	142
El día 30 del mes (30 de agosto.).	151
El amante corto de vista (6 de setiembre.).	157
Las tiendas (20 de setiembre.).	168
El barbero de Madrid (27 de setiembre.).	178
El poeta y su dama (30 de setiembre.).	187
Las ferias (4 de octubre.).	192
Riqueza y miseria (25 de octubre.).	202
El campo santo (1.º de noviembre.).	213
Pretender por alto (24 de noviembre.).	222
La político-manía (22 de diciembre.).	233
El aguinaldo (31 de diciembre.).	243





1028614



566 120164 7 1045